
DES-MODERNIZAR LA REVOLUCIÓN PARA REINVENTAR LA UTOPIÍA

Ricardo Alexander Celeita Mora^{1}*

RESUMEN

La crisis planetaria que tiene a la humanidad al borde de la extinción, obliga a construir alternativas frente al capitalismo. Por ello ante la derrota del socialismo moderno, es necesario re-pensar la táctica y la estrategia, y por ende también redefinir el problema del poder político, si aún creemos que las revoluciones aún son posibles. Es urgente entonces, vislumbrar otras maneras de comprender la idea de “revolución”, distintas a la trazada desde una concepción moderna, por ello resulta imperioso descolonizar también el pensamiento revolucionario, a efectos de plantear una idea de revolución que rescate la utopía y la haga posible por fuera del marco de la razón utópica; es decir, urge “desmodernizar la revolución” para rescatarla del marco anti-utópico en que fue encerrada por la modernidad misma.

Palabras clave: sujeto, revolución, resistencia, modernidad, socialismo, imperio, des-colonización

ABSTRACT

The planetary crisis that has humanity on the brink of extinction forces us to build alternatives to capitalism. Therefore, in view of the defeat of modern socialism, it is necessary to rethink tactics and strategy, and therefore also to

1 *Abogado y Especialista en Derecho Constitucional de la Universidad Nacional de Colombia. Filósofo y Estudiante en proceso de grado de la Maestría en Filosofía del Derecho y Teoría Jurídica de la Universidad Libre Sede - Bogotá.

redefine the problem of political power, if we still believe that revolutions are still possible. It is urgent then, to glimpse other ways of understanding the idea of «revolution», different from the one traced from a modern conception, and therefore it is also imperative to decolonize revolutionary thought, in order to propose an idea of revolution that rescues utopia and makes it possible outside the framework of utopian reason; that is, it is urgent to «de-modernize revolution» to rescue it from the anti-utopian framework in which it was enclosed by modernity itself.

Key words: subject, revolution, resistance, modernity, socialism, empire, de-colonization

INTRODUCCIÓN

El texto que a continuación se presenta a manera de artículo, corresponde al sub-capítulo 3.2, de un trabajo más amplio llamado “¿Qué sujeto, para qué revolución? Aproximaciones en torno al sujeto en resistencias para las revoluciones no-modernas”, en el cual se aborda la crisis de la subjetividad revolucionaria moderna, en perspectiva de proponer una redefinición estratégica en torno al poder político. En ese sentido, el texto elabora una crítica desde el pensamiento décolonial, ante la concepción moderna de poder político, y plantea la idea de desmodernizar el concepto de revolución para hacer aún posible la utopía.

DESCOLONIZAR LA REVOLUCIÓN Y REINVENTAR LA UTOPIA

Mientras el marxismo moderno comprendió la lucha de clases entre proletarios y burgueses enfrentados por el control del Estado moderno, a partir del pensamiento décolonial es necesario redefinir la subjetividad de los oprimidos como “sujetos en resistencia”, y vislumbrar otra manera de comprender el problema del poder político, por fuera de la matriz epistémica moderna. Por tanto, se trata de plantear una idea de revolución que rescate la utopía y la haga posible por fuera del marco epistémico de la razón utópica, donde fue encerrada por la modernidad misma.

Así pues, es necesario resaltar que la superación del capitalismo y la construcción de una sociedad emancipada que emule la idea del reino de la libertad de Marx, solo es posible dejando atrás las prácticas revolucionarias de la modernidad, siendo necesario develar la condición opresora del poder político moderno, como relación social que presupone dominación y opresión; para en su lugar,

concebir una idea de poder político liberador. La pluriversidad de sujetos en resistencia, atravesados en sus múltiples contradicciones y diferenciaciones, tienen la tarea de imaginar y construir aquellas otras formas de relacionamiento y de poder no-modernas, no-patriarcales, no-productivistas, no-explotadoras, no-etnocéntricas, y en síntesis, no-deshumanizadas.

Avanzar en esos propósitos, implica a su vez, pensar y construir otras formas de resistencia y ejercicio del poder al interior de las organizaciones y movimientos revolucionarios, y ante todo, superar su distanciamiento ante el conjunto de la sociedad, con el que incuban el germen de prácticas opresivas. Es decir, no puede concebirse la revolución mediante la suplantación de la autonomía de los sujetos en resistencia, ni puede recaerse en el fetichismo de la modernidad, según el cual hay unos sujetos que “dirigen” a las “masas”, y otros que son objetivados como instrumentos. Hay que superar el dualismo de objetos y sujetos que reproduce la dialéctica de opresores y oprimidos, eliminando la división entre dirigentes y dirigidos y adoptando formas de resistencia colectivas, en las cual, las decisiones del pensar y el actuar se unifiquen en el seno de las comunidades, en tanto comunidades políticas. Por ello, es necesario desmodernizar el poder y desmodernizar la revolución, siendo oportuno, superar la concepción moderna de socialismo como totalidad, que tiende a homogenizar las resistencias y alternativas anti-capitalistas, al no desprenderse del influjo de la razón moderna.

En efecto, la razón utópica moderna presentó al capitalismo como un orden trascendental fuera del espacio-tiempo; como si se tratase de un estado evolutivo natural de la especie humana situada al margen de la historia; y como única realidad posible que presupone un destino único para la humanidad entera, según el cual, todas las sociedades habrían de homogenizarse dentro del capitalismo como punto de llegada. Lo paradójico es que la alternativa propuesta fue construida también a partir de la misma razón utópica moderna, que entendió el socialismo como imagen trascendente y como la única alteridad o superación posible del capitalismo, en tanto continuidad histórica del proyecto de mundo moderno.

Así, la razón moderna como “totalidad”, no se extinguió, sino que dio paso a nuevos fetiches, al admitirse a sí misma como superada, pero dando lugar a un mundo totalitario. En efecto, el laboratorio de la historia explotó demostrando la irracionalidad del experimento socialista moderno, inmerso en la cientificidad y el positivismo, por lo que ya no habría espacio para intentar utopía alguna. El resultado de esta negación de posibilidad, como negación de utopías, supuso la anulación histórica de la concepción moderna de socialismo, y negó

las experiencias construidas desde las periferias del sistema, como autonomías de pueblos y comunidades en resistencia. La autoafirmación del capitalismo como posibilidad única de sistema-mundo, sacralizó el autoritarismo antiutópico como doctrina; pues sin alternativa posible, no habría razón que justificase emprender nuevas luchas ni pensar otros mundos.

Pero la realidad de los pueblos del mundo siguió demostrando la necesidad de ir más allá del capital para preservar la vida. Las alternativas planteadas desde las periferias ya no trajeron consigo la concepción totalizante de la razón moderna y su creencia en un mundo perfectible, homogéneo y único, sino que se construyeron desde la imperfección misma; desde una razón imperfecta de seres humanos que plantean mundos posibles conscientes de su propia finitud determinada en el espacio-tiempo. Por ello, la utopía nunca fue derrotada, pues el único fracaso fue el de la razón utópica moderna, que había resultado antiutópica, al concebir al socialismo científico como la única alternativa histórica posible (Hinkelammert, 1984).

En efecto, afirmar la “imposibilidad” es una característica propia de los totalitarismos; pues su apuesta consiste en homogenizar y unificar el pensamiento para suprimir cualquier particularidad y evitar la insurgencia de toda alteridad (Hinkelammert, 1984). En ese sentido, las concepciones universalistas, en el fondo esconden proyectos autoritarios, que aún en la más avanzada forma “democrática”, pregonan tolerancia y respeto, mientras no se cuestione el fundamento mismo de su sistema; es decir, mientras no se anteponga una alternativa de realidad diferente a sí misma.

Ejemplo de lo anterior, es la manera en que el liberalismo postmoderno, se autopresenta como la única posibilidad de democracia, definiéndose a sí mismo como garante de todas las visiones de mundo y autoafirmándose como único escenario posible de coexistencia de proyectos disimiles de sociedad, pero sólo mientras estos no sean realizables o sea posible impedir su realización. Por ello, acepta incluso luchas reivindicativas siempre y cuando las pueda domesticar y controlar, para encausarlas por los caminos que el sistema ofrece, impidiendo cambios sustanciales en las relaciones de poder. En otras palabras, la democracia liberal postmoderna, que se autoproclama como la única posible y deseable, en su condición antiutópica, pregona el respeto a la diferencia, al tiempo que impone un relacionamiento de sumisión frente al capital al cual impide realmente cuestionar.

En ese sentido, su contenido autoritario y anti-utópico, se deriva del vaciamiento de la libertad de expresión, la cual enarbola, sólo a condición que no

se use para denunciar la injusticia de las relaciones opresivas y mientras no cuestione los fundamentos del sistema mismo. En otras palabras, cualquier idea puede expresarse, pero no realizarse, lo que en el fondo esconde la pretensión por evitar cualquier alteridad dentro del mismo sistema, para evitar la sustitución de este.

Así, para la postmodernidad como continuidad del proyecto moderno, es aceptable considerar que no existe verdad alguna, y/o que todo es válido; pero siempre y cuando no se cuestione la propiedad privada y el libre mercado, como categorías ubicadas en un plano trascendente que deben ser asumidas como realidad absoluta. En síntesis, condiciona toda lucha política bajo su propio sistema de normas, permitiendo todo tipo de expresiones, siempre que estas no atenten contra los fundamentos del sistema mismo, protegiendo a toda costa el libre mercado. El totalitarismo ideológico se expresa entonces, bajo la forma del relativismo en el que todo puede ser y no ser, a excepción del libre mercado, sobre el cual no hay lugar a cuestionar ningún atributo de realidad. Es decir, se abrió el espectro para negar cualquier verdad, y con ello cualquier alternativa de mundo posible como realidad, al tiempo que se impuso una única realidad plausible: el capitalismo.

Finalmente, la razón moderna, trajo como fundamento último, una concepción totalitaria del desarrollo económico, basada en el crecimiento poblacional y el aceleramiento hasta el infinito de la producción y el consumo, enmarcados bajo los conceptos de industrialización y tecnologización, sin importar que en el proceso haya que destruir la naturaleza y la humanidad entera. En este espejismo moderno también cayó el socialismo científico, al creer en dicho camino como el único posible, motivo por el cual, devino en antiutópico y positivista, encausándose al igual que el capitalismo, al crecimiento infinito de las fuerzas productivas, sin importar que con ello renunciase a la emancipación.

En resumidas cuentas, la modernidad se dio el lujo de dar origen al capitalismo y ensalzarlo mediante la democracia liberal y la economía de libre mercado, pero al mismo tiempo señaló cuál era el único antagonismo posible, al presentar al socialismo científico como algo deseable pero imposible de realizar. En efecto, aquella versión de socialismo intentada en Europa, es decir el socialismo moderno, demostró su imposibilidad, aunque sólo en la medida en que resultó incapaz de desprenderse de aquella concepción de mundo moderna.

Bajo esa perspectiva, la ambición de la mayoría de los revolucionarios del mundo, no fue otra que seguir el camino trazado por los socialistas europeos y modernos, al considerar su experiencia como la más adelantada, a la cual

habría que emular. No había espacio para intentar pensar por cuenta propia, pues ellos ya lo habían hecho por el resto; aún a pesar del propio Marx, quien nunca tuvo la pretensión de convertir su pensamiento en un sistema filosófico acabado y completo al estilo hegeliano, sino que dejó abierta la historia para enriquecerla al calor de la praxis. Por ello, si bien es necesario reconocer la vigencia del pensamiento marxista, al tiempo es preciso señalar que la lucha por un mundo diferente y por liberar a la humanidad de las cadenas opresivas, no empezó en la modernidad, sino antes de esta, y fuera de esta.

En efecto, la razón moderna condicionó el horizonte del socialismo científico, al despremiar las luchas de otras latitudes por considerarlas de inferior grado o menos importantes, bajo la imposibilidad de desprenderse de su marco categorial ontológico y teológico en el que el sentido unilineal de la historia conduciría mecánicamente al socialismo y el comunismo a partir del desarrollo de las fuerzas productivas. De ahí que bajo la interpretación eurocéntrica del marxismo, sólo tuviese importancia estratégica, ganar en Europa, pero esto no fue posible. Por ello, cuando sucedió el derrumbe de la Unión Soviética, se produjo automáticamente el derrumbe del socialismo y se pregonó el fin de la historia, como si la lucha de los demás pueblos del mundo en sus resistencias en contra del capital y todo tipo de opresión no tuviesen importancia, o debiesen resignarse, resignificando incluso otra forma de colonialidad, ya no del poder, sino, en este caso, de la revolución; pues la única manera válida de concebirla, era la que Europa le había enseñado al mundo.

De ese modo, no deja de ser irónico haber creído que, una revolución emancipatoria de los oprimidos, solo era posible y relevante en el corazón del capitalismo; es decir, en el seno de las sociedades “más avanzadas”. Y más irónico resulta aún, que desde allí se aprobase o desaprobese la manera en que los demás pueblos del mundo debían ejercer la resistencia y luchar contra la opresión. A estas alturas, luego del fracaso del socialismo eurocéntrico, es inconcebible mantener un concepto de revolución “universalmente válido”. Por lo mismo, hoy no es admisible restar importancia a los procesos emancipatorios que persisten en enfrentar al capitalismo desde su “particularidad” o “localidad”, pues la irrelevancia geoestratégica sólo cobra efecto cuando no se tiene clara la vocación totalizante del capitalismo. Al contrario, si se tiene conciencia del carácter totalizante del capitalismo, entonces toda lucha, por mínima que sea, cobra la más profunda relevancia.

De tal suerte, la negación de la historia se expresa también como negación de las luchas y la praxis de los pueblos de la periferia; al presuponer que sólo era posible derrotar al capitalismo allí donde las sociedades hubiesen alcanzado

determinado grado de desarrollo de sus fuerzas productivas. Así, se implantó en el mundo la idea antiutópica de un “socialismo real”; es decir, del socialismo moderno, depurado científicamente y validado conforme la razón más avanzada, curso que además deberían seguir indefectiblemente todos los pueblos del mundo, en preferencia sobre aquellas alternativas al capital que solo tendrían un carácter “atrasado”, y acaso “utópicas”, similares a las vividas en la historia anterior de Europa.

La revolución, por consiguiente, tenía también un lugar desde donde ser pensada, tenía también un sujeto conocedor de la verdad universal que orientaba a aquellos que sólo podían comprenderse como objetos o simples instrumentos para sus propósitos. En síntesis, para la concepción moderna de socialismo, en aquellos pueblos inferiores no había lugar para concebir un pensamiento revolucionario válido y con el carácter científico requerido. Si hubo un socialismo real, fue aquel que presupuso la irrealidad de otras formas de socialismo.

En efecto, muchas de las comunidades políticas de la periferia fueron históricamente invisibilizadas y negadas también por la matriz moderna de socialismo que, bajo el sesgo del positivismo, descalificó todo aquello que no fuera “científico”, pretendiendo que estas adaptaran su realidad a la teoría y no a la inversa. En estas comunidades extendidas por el planeta, hubo, hay y habrá socialismo y comunismo, quizá no en su forma moderna y científica, pero sí en su forma utópica desde lo simple y cotidiano. En este acontecer, la propiedad privada sobre los medios de producción, la acumulación originaria de capital, la acumulación del plus-valor en favor de pocos, y la concentración del poder político en órganos especializados por encima de la sociedad, jamás han sido los principios que fundamenten su *nomos*, y menos su *ethos*, por lo cual mantienen su carácter común del existir en el mundo.

Así las cosas, a estas alturas sabemos que hay diversas concepciones de revolución, diferentes maneras de comprender la construcción de socialismo, y más aún, diversas formas de resistencia anticapitalista, las cuales se erigen como posibilidad y alternativa ante el sistema-mundo global impuesto. Luego, no es aceptable hablar de la derrota epistémica del socialismo ni de su negación como posibilidad, pues a lo largo del planeta persisten múltiples procesos de resistencia basados en relaciones sociales no-capitalistas que posibilitan nuevos comienzos, o si se quiere, continuidades y discontinuidades de resistencia.

El único derrotado, entonces, fue el socialismo de la modernidad, aquel que se articulaba desde el Kremlin, emulando al catolicismo articulado desde Roma y que no supo comprender, por ejemplo, que en los pueblos de la América Latina

se libraba la resistencia contra la opresión desde hacía más de quinientos años. Si las luchas del proletariado moderno habían comenzado desde finales del siglo XIX, las luchas de resistencia de los pueblos de América venían por lo menos desde 1492, seguían vigentes antes que emergiera el proletariado moderno, continuaron en presencia de este y aún después del derrumbe del socialismo europeo.

Así, la historia en América latina no ha cambiado, o por lo menos no la historia de las resistencias. Si el socialismo en Europa dejó de ser necesario, la emancipación y la liberación de América latina y de los pueblos conquistados y colonizados, sigue siendo un clamor de los oprimidos, desde el momento de la invasión capitalista hasta la actualidad, cuando el capital pretende conquistar la totalidad del planeta, la naturaleza, el pensamiento y someter la vida en su conjunto al frío interés de la ganancia y la muerte.

Por lo anterior, retomar la utopía implica deshacerse del marco antiutópico en la que fue encerrada, tanto por la filosofía liberal como por la ceguera marxista ortodoxa, pues si queremos pensar otra alternativa, es necesario situarse fuera de aquel marco. En ese sentido, Franz Hinkelammert en *El grito del sujeto* (1998) ilustra claramente cómo el cumplimiento de la ley humana, en tanto cumplimiento de las promesas utópicas tanto del liberalismo como del socialismo real, llevaron a la humanidad a la muerte. En ese sentido afirma:

El imperio ve sus enemigos, pero no se ve a sí mismo. Ataca a las utopías, pero es ciego para las utopías nefastas que lleva en sus entrañas. En Pablo encontramos la primera crítica de esta utopía implícita a la ley y el imperio. En el evangelio de Juan encontramos una línea de argumentación paralela. Pablo hace su crítica cuando insiste, que, quien busca su salvación en el cumplimiento de la ley, encuentra la muerte. (...). En este sentido, pesa una maldición sobre la ley que hace ver la injusticia como si fuera justicia. Al prometer la ley, la salvación por su cumplimiento promete el cielo, pero produce la muerte. La posición de Pablo no es antiutópica, sino Pablo es probablemente el primer pensador de nuestra historia que hace una crítica de la razón utópica. Busca el realismo de la salvación y lo ve en una relación con la ley, en la cual el sujeto viviente es legítimamente un sujeto rebelde frente a la ley, para transformarla en ley para la vida. Por eso, quien busca la salvación en el cumplimiento de la ley, encuentra la muerte. Esta salvación que se promete en nombre del cumplimiento de la ley, es la utopía de la ley y del poder. El imperio promete la salvación por medio del cumplimiento de la ley, y por tanto produce la muerte. (p. 244 y 245)

Luego, la resistencia implica necesariamente la reformulación de la utopía como desobediencia y como negatividad frente al entramado de roles y funciones que impone el capital y la razón moderna a cada miembro de la sociedad, en la que todos terminan condenados como consecuencia del cumplimiento de su propio papel. Al desnudar al opresor de su rol, se podrá verificar que este, en tanto que humano, no necesariamente tiene un espíritu perverso o cruel que lo lleve a reprimir. La maldad no está en su ser como tal, sino en el cumplimiento de su oficio, de su función; en síntesis, en el cumplimiento de la ley del imperio; por ello, en tanto la ley moderna contiene en sí misma tanto la opresión, como la alternativa, resulta antiutópica, pues la utopía sólo es posible por fuera del cumplimiento de la ley misma.

Así las cosas, la resistencia que los oprimidos ejercen desde las periferias, debe partir de la necesidad de negar el mundo que les fue impuesto y no a partir de la negación del suyo propio, tal como acontece mientras la matriz colonial/imperial continúe abarcando incluso las fuentes del pensamiento crítico. La primera negación del mundo impuesto, debe ser frente a la ley del imperio y la concepción dualista que esconde tras de sí el embrujo del poder; pues mientras no se supere dicha concepción que identifica la verdad, lo universal, lo válido, lo correcto, lo bueno, lo justo, lo bello, y en general la idea de mundo con la superioridad de un poder que se ejerce desde un centro y se impone sobre el resto, será imposible lograr una revolución que no engendre nuevos opresores y oprimidos. En ese sentido, Gustavo Esteva (2015), recalca las palabras del sub-comandante Marcos, quien afirmó:

Pensamos que había que replantear el problema del poder, no repetir la fórmula de que para cambiar el mundo es necesario tomar el poder y ya en el poder entonces sí lo vamos a organizar como mejor le conviene al mundo, es decir, como mejor me conviene a mí que estoy en el poder. Hemos pensado que, si concebíamos un cambio en la premisa de ver el poder, el problema del poder, planteando que no queríamos tomarlo, esto iba a producir otra forma de hacer política y otro tipo de político, otros seres humanos que hicieran política diferente (...) (p. 165).

De esa manera, la primera tarea para reinventar la utopía es descolonizar el pensamiento y repensar formas nuevas de hacer revolución desde las resistencias de sujetos múltiples, bajo una concepción en la cual el poder no puede estar centralizado en un individuo y menos en la imagen abstracta del Estado como fetiche que debe ser adorado. De lo que se trata, si en verdad la utopía y la revolución son posibles, es de intentar caminos diferentes a aquellos que fueron trazados por los opresores mismos. Es necesario desmodernizar la revolución para reinventar la utopía.

REFERENCIAS

- Esteva, G. (2015). *Nuevas formas de la revolución. En: Pensar desde al resistencia anticapitalista y la autonomía*. México D.F.: Ciesas. Centro de Investigaciones y Estudios Superiores de Antropología Social. Cátedra Jorge Alonso.
- Hinkelammert, F. (1984). *Crítica de la Razón Utópica*. San José - Costa Rica: DEI.
- Hinkelammert, F. (1998). *El Grito del Sujeto. Del teatro-mundo del Evangelio de Juan al perro-mundo de la globalización*. San José de Costa Rica: Editorial DEI.